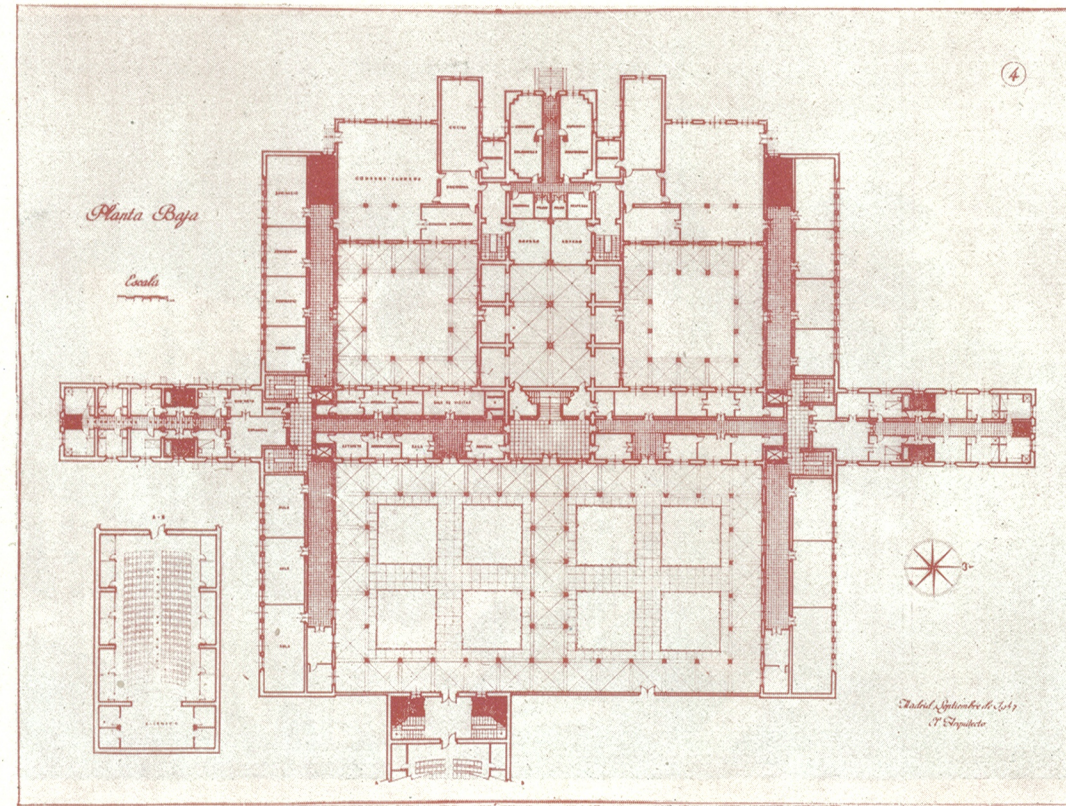


tolado, el Colegio Mayor de Santiago comienza a realizar los deseos largamente ambicionados. Funcionando desde el curso anterior, bajo el Rectorado del Obispo de Salamanca y dentro de la Pontificia Universidad Eclesiástica, ha recogido ya estudiantes de toda España. En la *visita ad Limina* del Obispo de Salamanca, el Santo Padre "vió con alegría suma esta institución y tuvo para ella hondas palabras de aprobación y de aliento".

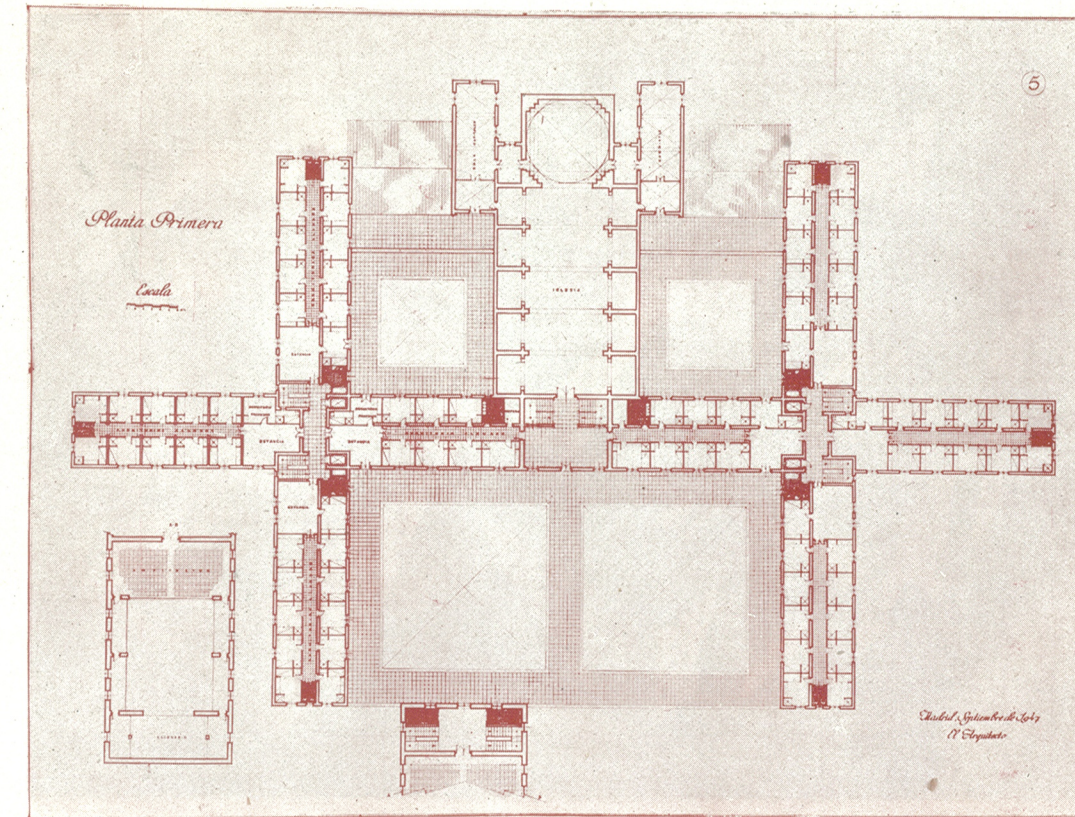
Para responder a lo que la Iglesia espera de estos futuros sacerdotes, es necesario montar, con ayuda de todos los católicos españoles, un completo sistema, donde ninguna preparación, ninguna faceta de apostolado—parroquial, misionero, social—, queden sin los medios precisos y mejores. Más: este Colegio de Santiago nace en cordialísima vecindad con otro que, bajo el mismo techo y con parecida perspectiva, albergará a seminaristas hispanoamericanos. La gran idea de la Hispanidad no podrá encontrar una encarnación más clara, más fructífera, más urgente.

En un bello altozano de la ciudad de Salamanca, en el sitio de más bella panorámica, se va a levantar este doble Colegio. Cinco plantas sobre base de cruz griega: aulas, seminarios, gran capilla con todas las dependencias necesarias para garantizar un perfecto esplendor de vida litúrgica, una disposición de habitaciones que permita combinar disciplina y familiaridad; todo, en fin, dispuesto para que entre sus paredes y con Salamanca al fondo se labre un mundo espiritual terso, cálido, con la doble hoguera del trabajo y de la caridad. Las fotografías insertas pueden dar una idea aproximada de la belleza y eficacia de estas ambiciones.

Todo esto, como obra de Dios, ha de ser hecho en comunidad: la esperanza que ya pueden cumplir estos universitarios, futuros sacerdotes, es la de ver agrupados en torno suyo, para organizar su misma vida material y espiritual, a todos los católicos españoles. En este caso, de la ilusión a las cifras no puede haber un tránsito artificial: si claramente decimos que una habitación, es decir, la sucesiva presencia de varias generaciones de seminaristas, supone 30.000 pesetas; si un grupo de ellos, una "familia", según el nombre tradicional universitario, cuesta 350.000; si 1.200.000 suponen un pabellón; si un millón hará posible la gran Capilla, es decir, el rezo colectivo más grato al Señor; si esto es así, con toda claridad, nadie debe sentirse extraño. Un pequeño examen sobre el grado de locura



colectiva a que se ha llegado en el derroche económico impide que la propaganda de esta obra, se presente con inoportuna timidez. Sobre todo: no se trata de un capítulo que se cierra entre el simple juego de petición y limosna. Los colaboradores, que en su día formarán la "Agrupación de Amigos del Colegio de Santiago", tienen más que devuelto su esfuerzo, no ya con la ineludible promesa de las oraciones, sino con el legítimo orgullo de ser protagonistas en algo que supone un horizonte colosal para el crecimiento del Reino de Cristo.



El emplazamiento privilegiado del edificio ha sido determinante característica en la concepción general del proyecto. Conforme a la topografía de la ciudad, en la vertiente opuesta a la de los viejos monumentos respecto a la vaguada que divide el área urbana, y encumbrado hasta ofrecer su silueta en la panorámica que se divisa desde los accesos más importantes, ha exigido una primordial valoración de los volúmenes y una estética de conjunto en el movimiento de sus planos y en el juego de luz y sombra.

Para la organización de la planta y el carácter del edificio se ha impuesto un módulo humano que parte del dormitorio individual, para el colegial que con una previa formación universitaria y conciencia de su vocación le procure la autonomía moral, ambiente de recogimiento y comunidad al modo monástico y acogedor con la medida del individuo, como una vivienda familiar. Así se constituyen los pabellones con diez dormitorios, uno más para profesor, una amplia sala de estar y los servicios, por planta. La planta general es abierta y los dormitorios todos disfrutan de la aireación, soleamiento y anchura de visión con largo horizonte.

En la composición y ornamentación de las fachadas se ha seguido, con rigurosa severidad de líneas y con sentido económico y funcional, la sola pretensión de lograr clásicas proporciones, con la austeridad propia del espíritu de la Institución, sin prejuicios de estilo ni postizas decoraciones, y enriquecer la fábrica del edificio únicamente en aquello que sirva para aderezar, con intención, un ambiente trascendido por la doctrina y la caridad que gobiernan su vida, o sea expresivo de la Verdad en precisa dialéctica.

Otra característica fundamental que obedece, entendemos, al mismo espíritu, se ha de materializar en el sistema de construcción. La parquedad ornamental, casi pobreza, que se preconiza, irá compensada con la mayor riqueza y esplendor posibles en los materiales y perfección de la mano de obra. Importa, sobre todo, la máxima nobleza y sinceridad en los elementos y procedimientos constructivos, y con un sentido práctico se supeditará a la más adusta sencillez, la mejor calidad. La fábrica toda de los muros de fachada en sillaría de granito y arenisca; las escuadrías y selección de la carpintería, los pavimentos escogidos; la presencia de las artes en la decoración serán la demostración más eficiente. Y añadimos: se estima como categórico también en el proyecto la mayor atención y cuidado en las instalaciones higiénicas y de confort, tales como aseos, calefacción, agua caliente, frigoríficos, iluminación y el ajuar y mobiliario.

La planta baja de los pabellones se dedica a recepción, dirección, aulas y seminarios, y un ala para hospedar. Un gran atrio porticado de acceso; los claustros interiores, para cada colegio y comedores, con sus servicios. Las plantas de pisos son puramente residenciales, y sólo constan de dormitorios y estancias en la forma ya descrita. En la principal y en el eje, la iglesia.